

LA PRESENTACIÓN

El Rev. Cn. Wadie N. Far es un sacerdote episcopal de Jordania que sirve en la Diócesis Episcopal de Jerusalén. Terminó su maestría en Divinidad en el Seminario Teológico de Virginia en mayo de 2017. Anteriormente sirvió como vicario de la Iglesia de San Felipe, Nablus, y la Iglesia del Buen Pastor, Rafedía, y como vicario de la Iglesia del Buen Pastor en Salt, Jordania, y como capellán y jefe del programa de internado en el Instituto de Tierra Santa para Sordos y Sordociegos. Actualmente trabaja en la catedral de San Jorge de Jerusalén como canónigo de la congregación árabe. El reverendo Cn. Wadie cree en el cultivo de la fe en los jóvenes y en ayudarles a discernir la llamada de Dios, por lo que es uno de los capellanes de jóvenes de la diócesis y forma parte del comité diocesano para el cultivo de nuevos ministerios. También cree en la importancia de que la iglesia sea un lugar seguro para todos y es miembro de la Comisión de Seguridad de la Iglesia de la Comunión Anglicana.

Este estudio bíblico forma parte de una serie producida por la Oficina de Asociaciones Globales de La Iglesia Episcopal.

Malaquías 3:1-4

3 El Señor todopoderoso dice: «Voy a enviar mi mensajero para que me prepare el camino. El Señor, a quien ustedes están buscando, va a entrar de pronto en su templo. ¡Ya llega el mensajero de la alianza que ustedes desean!»

² Pero ¿quién podrá resistir el día de su venida? ¿Quién podrá entonces permanecer en pie? Pues llegará como un fuego, para purificarnos; será como un jabón que quitará nuestras manchas. ³ El Señor se sentará a purificar a los sacerdotes, los descendientes de Leví, como quien purifica la plata y el oro en el fuego. Después ellos podrán presentar su ofrenda al Señor, tal como deben hacerlo. ⁴ El Señor se alegrará entonces de la ofrenda de Judá y Jerusalén, igual que se alegraba de ella en otros tiempos.

Señor, necesitamos examinarnos a nosotros mismos y nuestras vidas con ojo crítico y honesto, para asegurarnos de que vivimos según los decretos y mandamientos del Señor. Puesto que tenemos la certeza de que el Señor vendrá, debemos iniciar el proceso de prepararnos. El proceso de refinarnos no será fácil, pero es importante. Por eso, en lugar de dedicar nuestro tiempo a preocuparnos mientras esperamos, dediquémoslo a prepararnos y a perfeccionar nuestra vida para acoger la venida del Señor.

Preguntas de discusión

¿Tu vida está construida sobre la certeza de la segunda venida del Señor, o todavía dudas?

Comentario de Wadie Far

Una de las cosas más difíciles para cualquier niño, e incluso para muchos de nosotros, es el tiempo que pasamos esperando. La espera suele ir acompañada de expectación; muchos pensamientos irrumpen en nuestra mente mientras esperamos. Durante los periodos de espera, nos hacemos muchas preguntas: por ejemplo, ¿y si lo que esperamos no es como esperábamos? Y muchas otras preguntas que ocupan todos nuestros pensamientos. Incluso cuando estamos seguros de que lo que esperamos sucederá, la espera no resulta más fácil.

Nuestro texto de hoy nos invita a esperar de otra manera. Nos muestra que Dios ha enviado un mensajero al pueblo para asegurarle la venida del Señor, pero este mensajero lleva también una advertencia: Para poder acoger la venida del Señor, tenemos que prepararnos. Si no estamos preparados, no podremos soportar la venida del Señor. Para poder acoger al

¿Cómo nos preparamos para la segunda venida de Cristo?

Salmo 84

- ¹ ¡Dios de la huestes, qué hermosas tus moradas! *
Todo mi ser anhela los atrios de Señor; mi
corazón y carne cantan de gozo al Dios vivo.
- ² El gorrión halla una morada y la golondrina, un nido
para sus polluelos *
cerca de tu altar, Dios de las Huestes, Rey mío
y Dios mío.
- ³ Dichosos los que habitan en tu casa; *
te alabarán sin cesar.
- ⁴ Dichosos los que en ti encuentran su fuerza; *
sus corazones están siempre en tus caminos.
- ⁵ Cuando pasan por el valle de lágrimas, lo hacen un
manantial; *
las lluvias tempranas los cubren de bendición.
- ⁶ Avanzarán de baluarte en baluarte *
y en Sion verán al Dios de dioses.
- ⁷ ¡Ay Dios de las Huestes, escucha mi oración! *
¡Escucha, Señor, Dios de Jacob!
- ⁸ Mira, Señor, nuestro escudo; *
pon tu vista en el rostro de tu Ungido.
- ⁹ Más vale un día en tus atrios que mil en mi casa; *
y prefiero el umbral de tu morada a vivir en
tienda de malvados.
- ¹⁰ Porque sol y escudo es el Señor; *
Dios imparte gracia y gloria.
- ¹¹ Dios no privará de ningún bien *
a quienes andan en integridad.
- ¹² ¡Señor de los Ejércitos, *
dichoso quien en ti confía!

Comentario de Wadie Far

Todos anhelamos estar en un lugar donde nos sintamos seguros y protegidos. Para muchos, ese lugar es el hogar. Es el lugar donde, a pesar de lo que esté pasando en nuestras vidas, sentimos que las cosas irán bien. Sin embargo, también sabemos que nuestros hogares terrenales no son permanentes; somos meros peregrinos en esta tierra, por lo que llegará un día en que dejaremos atrás nuestros hogares terrenales. Una vez que nos damos cuenta de eso, comprendemos que nuestras almas anhelan algo más permanente y más seguro que nuestra morada terrenal, sólo para descubrir que esa morada es la casa de nuestro Señor.

No es de extrañar que nuestras almas anhelan vivir en la casa del Señor, porque allí viviremos en la bienaventuranza eterna. En la casa del Señor encontramos nuestra fuerza y seguridad, encontramos nuestra felicidad y alegría. Aunque algunos piensen que esa alegría y esa seguridad sólo las experimentaremos en la vida eterna, después de abandonar nuestra peregrinación terrena, podemos experimentarlas aquí en la tierra si ponemos nuestra confianza en el Señor y vivimos bajo su protección, pasando nuestro tiempo en la presencia del Señor en nuestra vida diaria. Mientras estamos en casa, en el trabajo, en la escuela o en cualquier otro lugar, estamos en la presencia del Señor y en la morada de nuestro Dios, si Dios habita en nuestros corazones.

Preguntas de discusión

¿Dónde encuentras tu seguridad y tu paz?

¿Qué significa para ti vivir en la casa del Señor mientras estamos aquí en la Tierra?

Hebreos 2:14-18

¹⁴ Así como los hijos de una familia son de la misma carne y sangre, así también Jesús fue de carne y sangre humanas, para derrotar con su muerte al que tenía poder para matar, es decir, al diablo. ¹⁵ De esta manera ha dado libertad a todos los que por miedo a la muerte viven como esclavos durante toda la vida. ¹⁶ Pues ciertamente no vino para ayudar a los ángeles, sino a los descendientes de Abraham. ¹⁷ Y para eso tenía que hacerse igual en todo a sus hermanos, para llegar a ser Sumo sacerdote, fiel y compasivo en su servicio a Dios, y para obtener el perdón de los pecados de los hombres por medio del sacrificio. ¹⁸ Y como él mismo sufrió y fue puesto a prueba, ahora puede ayudar a los que también son puestos a prueba.

Comentario de Wadie Far

Mientras que para algunos Dios está lejos y distante, ese no debería ser el caso para nosotros los cristianos. Creemos que Dios bajó a la Tierra para estar con nosotros, guiarnos, enseñarnos, sanarnos y darnos la salvación. En esta creencia deberíamos encontrar una gran fuerza, porque nuestro Dios no es un Dios distante, lejano, que no entiende nuestros problemas y desafíos. Al contrario, Dios es el que se humilló y se encarnó por nosotros. Creemos en un Dios que quiere habitar en nuestros corazones y quiere estar cerca de nosotros. Jesús pagó nuestra deuda en el madero de la cruz y nos dio la vida; a cambio, se nos pide que creamos en él, y esa fe, si es una fe viva, debe llevarnos a cuidar de los demás como él ha cuidado de nosotros. Debemos caminar humildemente con la gente, enseñándoles y guiándoles, escuchándoles, proclamándoles el don de la salvación y recordándoles que nuestro Señor y Salvador sabe por lo que están pasando. Él no está lejos de su sufrimiento y les ha dado la vida.

Preguntas de discusión

¿Has abierto tu corazón para que Jesús habite en él?

¿Confías a Jesús tus sufrimientos y desafíos, o sigues intentando ocuparte de ellos por ti mismo?

¿Llevas a otros a Cristo, para que encuentren consuelo en él?

Lucas 2:22-40

²² Cuando se cumplieron los días en que ellos debían purificarse según la ley de Moisés, llevaron al niño a Jerusalén para presentárselo al Señor. ²³ Lo hicieron así porque en la ley del Señor está escrito: «Todo primer hijo varón será consagrado al Señor.» ²⁴ Fueron, pues, a ofrecer en sacrificio lo que manda la ley del Señor: un par de tórtolas o dos pichones de paloma.

²⁵ En aquel tiempo vivía en Jerusalén un hombre que se llamaba Simeón. Era un hombre justo y piadoso, que esperaba la restauración de Israel. El Espíritu Santo estaba con Simeón, ²⁶ y le había hecho saber que no moriría sin ver antes al Mesías, a quien el Señor enviaría. ²⁷ Guiado por el Espíritu Santo, Simeón fue al templo; y cuando los padres del niño Jesús lo llevaron también a él, para cumplir con lo que la ley ordenaba, ²⁸ Simeón lo tomó en brazos y alabó a Dios, diciendo:

²⁹ «Ahora, Señor, tu promesa está cumplida: puedes dejar que tu siervo muera en paz.

³⁰ Porque ya he visto la salvación

³¹ que has comenzado a realizar a la vista de todos los pueblos,

³² la luz que alumbrará a las naciones y que será la gloria de tu pueblo Israel.»

³³ El padre y la madre de Jesús se quedaron admirados al oír lo que Simeón decía del niño. ³⁴ Entonces Simeón les dio su bendición, y dijo a María, la madre de Jesús:

—Mira, este niño está destinado a hacer que muchos en Israel caigan o se levanten. Él será una señal que muchos rechazarán, ³⁵ a fin de que las intenciones de muchos corazones queden al descubierto. Pero todo esto va a ser para ti como una espada que atraviese tu propia alma.

³⁶ También estaba allí una profetisa llamada Ana, hija de Penuel, de la tribu de Aser. Era ya muy anciana. Se casó siendo muy joven, y había vivido con su marido siete años; ³⁷ hacía ya ochenta y cuatro años que se había quedado viuda. Nunca salía del templo, sino que servía día y noche al Señor, con ayunos y oraciones. ³⁸ Ana se presentó en aquel mismo

momento, y comenzó a dar gracias a Dios y a hablar del niño Jesús a todos los que esperaban la liberación de Jerusalén.

³⁹ Después de haber cumplido con todo lo que manda la ley del Señor, volvieron a Galilea, a su propio pueblo de Nazaret. ⁴⁰ Y el niño crecía y se hacía más fuerte, estaba lleno de sabiduría y gozaba del favor de Dios.

Comentario de Wadie Far

Hemos reflexionado sobre cómo debemos esperar las promesas de Dios, y cómo necesitamos ser activos mientras esperamos y nos preparamos para recibir estas promesas. En este pasaje, vemos cómo la espera, la preparación y la confianza en las promesas de nuestro Señor darán como resultado que veamos estas promesas cumplidas por Dios en el tiempo de Dios. Simeón no sólo esperó fielmente, sino que su corazón también estuvo abierto a la guía del Espíritu Santo. Siguiendo esa guía, fue al Templo a tiempo para ver la presentación del niño por sus padres. Al ver al niño Jesús y reconocer quién era con la guía del Espíritu Santo, Simeón se dio cuenta de cómo, a través de él, se cumpliría la promesa de Dios para todo el pueblo. Tras ese reconocimiento, Simeón alabó a Dios por su fidelidad. También se nos muestra un segundo personaje, una profeta fiel, Ana, que también esperaba el cumplimiento de las promesas de Dios. Cuando las vio cumplidas en el niño Jesús, no pudo contener su alegría y proclamó la Buena Nueva a todos los que quisieron escucharla.

Preguntas de discusión

¿Estás esperando el cumplimiento de las promesas de Dios en tu vida, manteniendo tu corazón abierto a la guía de Dios?

¿Estás dispuesto a proclamar al mundo todas las cosas buenas que Dios ha hecho por ti?